



ENSEÑANZAS DE MEISTER ECKHART

Por Norma Novoa

Podríamos definirlo con seguridad como uno de los más grandes místicos del medioevo, cuya doctrina integra armónicamente la contemplación y la actividad en el mundo, para Eckhart, el ser humano es más que una criatura de Dios: es un portador de lo divino, es alguien que lleva por dentro la presencia de Dios. Llevamos el tesoro de la luz divina encerrado en nuestra humanidad., aunque la mayoría de nosotros no se da cuenta de ello y nos creemos seres terrenales, pero lo maravilloso es que somos las dos cosas. El regalo de la vida de Dios lo llevamos en la fragilidad de nuestra humanidad. Eckhart, llama a ese tesoro una chispa, una pequeña luz, un pedacito del cielo de Dios, o como él lo llama “Ciudadela del alma”. Nos dice:

“Hay en el alma un poder que en sí mismo es libre, una pequeña chispa... libre de todo nombre y vacía de todas las for-

mas... Ahí, Dios florece eternamente, y es siempre verde en su divinidad”.

Y en otra parte añade:

“Hay un poder en el alma que se une con Dios: es la chispa”.

La palabra alma para Eckhart representa a ese espacio (corazón, centro) del ser humano destinado a vivir siempre en comunión con Dios. La chispa es la presencia de Dios que habita en el alma. Podríamos llamarla también la presencia del Espíritu Divino, ese soplo del aliento de Dios que recibimos al ser creados, esta chispa divina se hace presente desde nuestra concepción como ser humano.

Es muy importante aclarar que en la mística de Eckhart, la chispa divina es parte íntegra de nuestro ser. No es algo añadido o ganado, pues reiteradamente en sus sermones destaca que somos partícipes de la obra creadora de Dios, somos también, junto con todo ser viviente, terreno por donde fluye, como un río, la presencia real de Dios:

“La semilla de Dios está en nosotros. Con un buen, hábil y muy diligente jardinero esa semilla florecería y crecería hasta Dios... y la fruta sería como la naturaleza de Dios. La semilla de pera crece y se convierte en peral; la semilla del nogal crece y se convierte en nogal. ¡Es la semilla de Dios la que sube hacia Dios!...”

Para Eckhart, la presencia de Dios en el ser humano, es eterna.

La doctrina mística del Maestro integra armónicamente la contemplación y la actividad en el mundo, posibilitando con su propia vida y sus instrucciones que la verdadera contemplación sea acción devocional, y que esta acción devocional surja como estilo contemplativo de vida.

Palabras como contemplación, participación, desprendimiento, actividad, son recurrentes en varios de sus sermones:

“Esto pido, amigo mío, entregado por completo a la contemplación mística. Renuncia a los sentidos, a las operaciones intelectuales, a todo lo sensible y a lo inteligible. Despójate de todas las cosas que son y aun de las que no son, deja de lado tu entender y esfuérazate por subir lo más que puedas hasta unirse con aquel que está más allá de todo ser y de todo saber. Porque por el libre, absoluto y puro apartamiento de ti mismo y de todas las cosas, arrojándolo todo y del todo, serás elevado espiritualmente hasta el divino Rayo de tinieblas de la divina Supraesencia... Y en otra parte dice:...Lo más pequeño que se conoce de Dios, aunque sólo sea una flor, al tener un ser en Dios, es más noble que el mundo entero. Lo más pequeño que en Dios es, en cuanto que es un ser, es mejor que conocer a un ángel... Para Dios nada muere, todas las cosas viven en él...”

Para Eckhart buscar a Dios, es buscar esa integridad interior donde somos uno: uno con nosotros mismos, uno con el prójimo, uno con Dios, uno con el universo. Es recuperar la chispa, reunificar lo dividido por el error. El Reino de Dios junto con la lucha por un mundo más justo, tiene que enraizarse en un corazón humano libre de dualismos. Y para ello, el ser humano necesita redescubrir su Ser verdadero como portador de la presencia de Dios en medio del mundo. La verdadera experiencia mística parte no de un alejarse del mundo, sino de un descubrir a Dios totalmente presente en el mundo:

“No hay que comprender a Dios ni considerarlo como algo ajeno a mí...Alguna gente simple se imagina que deberían ver a Dios como si estuviera allí y ellos aquí. Pero esto no es así. Dios y yo somos uno. Y en otra parte dice: “¡Oh alma mía, sal fuera, Dios entra! Hunde todo mi ser en la nada de Dios ¡Húndete en el caudal sin fondo! Si salgo de ti, tú vienes a mí, si yo me pierdo, a ti te encuentro. ¡Oh Bien más allá del ser!”

La disciplina que se requiere para la vida contemplativa, conforme al Maestro, se trata más de un espíritu atento y alerta que de un enorme esfuerzo personal de búsqueda. La iluminación no se conquista; es un don gratuito para los que viven despiertos. Este enfoque muestra primacía de la presencia divina en el ser humano. Incluso, según Eckhart, uno puede bus-

car a Dios con tanto fervor que se olvida de la gratuidad y pierde lo fundamental:

“El que busque a Dios por un camino especial encontrará el camino, pero perderá a Dios que se encuentra escondido en él. Como la vida misma, el camino espiritual es una paradoja: hay que dejar de buscar a Dios para poderlo encontrar. O dicho de una forma más acertada: hay que dejar de buscar a Dios y dejarse buscar por Dios”. Toda nuestra vida es una conversión, un girarnos hacia Dios. Pero llevada a un extremo, tal como se hace en el fundamentalismo dogmático, esta mentalidad puede ser errónea, e incluso peligrosa, porque fácilmente parte de un rechazo de esta vida a favor de otra vida. La búsqueda frenética de algo diferente, una nueva experiencia de Dios, muchas veces termina siendo una huida de Dios, que está presente en el aquí y el ahora. Dice Eckhart al respecto:

“Dado que algo deseable aparece en cada creatura, hay gente que ahora ama esto y después eso. Dejad a un lado esto y eso, y lo que queda no es nada excepto Dios”

La búsqueda constante de algo diferente, primero esto y después eso, no permite acoger la presencia gratuita de Dios en lo que Eckhart llama el Eterno Ahora.

Si el hombre se une a Dios por amor es desnudado de las imágenes y formado y transformado en la uniformidad divina, en la que él es uno con Dios.”

La virginidad del alma

(extracto de “El fruto de la nada”)

Virgen indica alguien que está vacío de toda imagen extraña, tan vacío como cuando todavía no era. Si estuviera en el ahora presente, libre y vacío, por amor de la voluntad divina, para cumplirla sin interrupción, entonces verdaderamente ninguna imagen se interpondría y yo sería, verdaderamente, virgen como lo era cuando todavía no era... Mirad, ahora podríamos preguntar: ¿cómo puede, el hombre que ha nacido y alcanzado una vida intelectual, quedar vacío de toda imagen como cuando todavía no era?

Si yo fuera en tal forma intelectual que todas las imágenes comprendidas desde siempre por todos, además de las que están en Dios mismo, estuvieran en mí, intelectualmente, y si a pesar de ello yo no sintiera apego por ninguna de ellas, ni hubiera tomado en propiedad nada de ellas, ni en el hacer, ni en el dejar de hacer, ni en el antes ni en el después; si, antes bien, estuviera en el ahora presente, libre y vacío, por amor de la Voluntad Divina, para cumplirla sin interrupción, entonces, verdaderamente ninguna imagen se me interpondría y yo sería, positivamente, virgen como lo era cuando todavía no era.

Que el hombre sea virgen, sin embargo, no le priva en absoluto de las obras que ha realizado; nada le impide ser virginal y libre, sin impedimento alguno frente a la verdad suprema, de

la misma manera que Jesús (el Verbo) está vacío y es libre y virginal en sí mismo. Como dicen los maestros, sólo lo semejante tiene motivo para la unión con lo semejante; por eso el hombre debe ser virgen y sin macha, si quiere concebir al Jesús (Verbo) virginal.

Ahora ¡atended y observad con aplicación! Si el hombre fuera siempre virgen, no daría ningún fruto. Para hacerse fecundo, es necesario que sea mujer. "Mujer" es la palabra más noble que puede atribuirse al alma. Es bueno que el hombre conciba a Dios en sí mismo, y en esa concepción él es puro y sin mancha. Es mejor, sin embargo, que Dios fructifique en él, pues la fecundidad del don no es más que la gratitud del don, y así el espíritu se hace mujer en la gratitud que renace y en la cual el hombre engendra, de nuevo, a Jesús o Verbo Divino en el corazón paterno de Dios...

Los esposos raramente dan más de un fruto al año. Pero ahora estoy pensando en otra clase de esposos: todos los que se hallan apegados a las oraciones, los ayunos, las viglias y los diversos ejercicios y penitencias exteriores. Todo apego en la acción que te prive de la libertad de estar en ese ahora presente al servicio de Dios y de seguirlo sólo a Él en la luz por la cual te guiaría en el hacer y en el dejar de hacer, libre y nuevo en cada instante, todo apego y toda intención en la acción, siempre que

te prive de la nueva libertad, a eso llamo ahora "un año", pues por su causa tu alma no da ningún tipo de fruto...

Una virgen que es mujer, es libre y está desapegada de lo propio y siempre se halla tan cerca de Dios como de sí misma. Da muchos frutos, y son grandes, ni más ni menos que Dios mismo. Ese fruto y ese nacimiento proceden de una virgen que es mujer y da frutos todos los días, cien o mil veces, incontables veces, dando a luz y siendo fecunda desde el fondo más noble; mejor dicho: llega a ser fecunda co-engendrando a partir del mismo fondo del que el Padre da nacimiento a su Verbo eterno, luz y reflejo del corazón paterno, este Verbo está unido a ella y ella a Él, y ella brilla y resplandece con Él como un único uno y como una luz pura y clara en el corazón paterno.

Más de una vez he dicho que en el alma hay una potencia a la que no afectan ni el tiempo ni la carne; fluye del espíritu y permanece en el espíritu y es completamente espiritual. Dios se halla en esa potencia tan reverdecida y floreciente, con toda la alegría y gloria, como es en sí mismo. Allí hay una alegría tan cordial e indescriptible que nadie sabe hablar de ella con propiedad. En esa potencia el Padre eterno engendra a su Hijo eterno, sin cesar... “

Para redondear tomemos las palabras de Eckhart: “Cuando te has abandonado a Dios a través de una fe y un amor puros, entonces cualquier cosa que nazca en ti o te toque, sea interior

o exterior, alegre o triste, amargo o dulce... ya no te pertenece a ti sino a Dios”. La contemplación es más que un estilo de oración; es un estilo de vida. Y uno de sus frutos mayores es la ecuanimidad: la capacidad de permanecer con paz en el momento presente (el Eterno Ahora), desapegado de las circunstancias exteriores y cambiantes, y enraizado en la presencia constante y fiel de Dios. Es en el momento actual, el momento presente, donde tocamos la eternidad de Dios.

Eckhart continuamente nos está invitando a encontrar la experiencia de la Verdad, “aliento de nuestra vida”, que reside en el interior de cada ser humano. Existe escondida en la chispa divina que no se apaga jamás en el alma humana. El amor es sencillamente esto: volver a descubrir nuestra integridad original, nuestra Verdad original y reconocerla y valorarla también en todo lo que nos rodea:

“¿Qué es la vida? El ser de Dios es mi vida. Si por tanto mi vida es el ser de Dios, entonces el ser de Dios tiene que ser mi ser y el ser esencial de Dios mi ser esencial, ni más ni menos.”

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*